

SECRETOS
DE LA
LUNA LLENA

ALIANZA

IRIA G. PARENTE
SELENE M. PASCUAL



elastic

A ti, que nos lees: gracias por formar parte de este cuento.

Y a Tania, porque ha vivido siempre esta historia como nadie.



PRÓLOGO

LA NOCHE MIL VECES MALDITA

Érase que se era, dos reinos enfrentados en una guerra sin fin.

Era una guerra de la que muy pocos recordaban su principio, y tampoco importaba ya, pues muchos eran los que habían muerto defendiendo sus naciones y las heridas eran demasiado hondas como para cerrarlas hasta que uno de los dos cayera o se rindiese sin condiciones.

Lothaire, el reino de las hadas, estaba gobernado por una mujer astuta y hermosa, decidida a sacrificarlo todo por ver a los humanos postrarse ante ella. Su poder era más que conocido en Faesia, aquel que muchos conocían como el continente lleno de magia. Su crueldad con sus enemigos, así como sus secretos, eran motivo de cuentos y leyendas.

En Anderia, el reino de los humanos, alguna vez había habido una reina, pero ahora solo gobernaba un rey viudo, que tenía una única hija. La princesa Celeste era lo más preciado para el hombre, y él rezaba todos los días a las estrellas para que la cuidasen como cuidaban de sus territorios, que no habían sucumbido pese a los intentos de invasión de su enemiga.

Puede que el hombre no rezase lo suficiente, o que las estrellas estuvieran decididas a apartar la mirada de él. Ellas fueron las únicas testigos del primer encuentro de la joven humana con uno de los soldados de la reina Mab. Ellas callaron cuando los vieron reencontrarse, días más

tarde, llevados por un impulso que era nuevo para ambos. Ellas permitieron que se vieran decenas de veces más, y, bajo su mirada atenta, los amantes cayeron en una vorágine que los llevaba poco a poco hacia la perdición. Cuando ambos pensaron en lo que les ocurriría si eran descubiertos, en la traición que suponía aquel amor hacia sus reinos, ya era demasiado tarde, pues alguien había escrito sus nombres juntos en el libro del destino.

En alguna de aquellas noches, arropados por las sombras, a salvo de monstruos y batallas en los brazos del otro, trataron de ponerle remedio a su situación.

—Déjalo todo y ven conmigo —dijo la princesa—. En el castillo serás bien recibido si yo defiendo tu causa. Nadie te culpará por desertar...

Sin embargo, el soldado tenía demasiado miedo. La reina era una sombra que lo perseguía a todos lados, y él sabía lo que pasaría si descubría su romance.

—Sabes que no anhele nada más que esa vida que sueñas para nosotros, pero no debemos. Quizá ya nos hemos arriesgado lo suficiente. Quizá... No deseo ponerte en riesgo más de lo que ya lo he hecho. Tal vez debamos dejar de vernos, fingir que esto no ha pasado, aunque yo nunca vaya a olvidarte.

Si la princesa hubiera aceptado en vez de negarse a seguir teniendo aquel amor aunque solo fuera a escondidas, si hubieran puesto punto final a su historia entonces, puede que las cosas hubieran sido diferentes. Puede que la reina Mab no se hubiera enterado. Puede que hubieran conocido a otras personas. Puede que él hubiera muerto en la siguiente escaramuza en la frontera, y Celeste habría reinado sobre Anderia con el tiempo.

Pero en su lugar, la princesa se negó a dejar que el romance terminase. Y al final, inevitablemente, la reina les tendió una emboscada. Los descubrió una noche sin luna, más oscura que ninguna otra. Una noche en la que Celeste se sentía feliz. Asustada, sí, pero llena de esperanza por el futuro, llena de ganas de poder insistir a su amante para que al fin pudieran vivir una vida juntos, ser una familia, hacer realidad todos los sueños que pudieran atreverse a imaginar.

Nunca pudo hacerlo.

Aquella noche, princesa y soldado descubrieron lo que era el terror real en el fulgor carmesí de las alas de la reina de las hadas. El brillo en la oscuridad les pareció una advertencia, un eco de aquellos ojos que las leyendas decían que se habían empezado a teñir de rojo por toda la sangre que había derramado en su guerra.

Pero la soberana de las hadas no derramó sangre aquella noche. Si bien su soldado se lanzó contra ella, si bien intentó lo que muchos otros incautos habían intentado antes, ella no le devolvió el golpe. Tan centrado estaba el guerrero en la reina que no se dio cuenta de que ella no era la única amenaza que había en aquel bosque: para cuando escuchó el grito de Celeste, ella ya había sido atrapada por un hombre que había salido de las sombras y que antaño había sido su compañero. Un puñal le arañaba la garganta a la princesa.

Fue ese el instante en el que la reina de las hadas atacó. Lo hizo directamente hacia su mente, retorciéndola, haciéndole gritar hasta que el enamorado tuvo que postrarse a sus pies. Cuando los tuvo así, tal y como quería, al soldado arrodillado y sufriendo y a la princesa suplicando por la vida de él con la cara empapada en llanto, la reina Mab sonrió y dijo:

—¿Creísteis que podíais desafiarme? ¿Creísteis que podíais jugar al amor a mis espaldas? Habéis sido tan inocentes... Vuestro amor está maldito, porque así lo quiero yo. Todo lo que venga de él estará condenado para siempre.

El guerrero gritó, pues aunque nada había cambiado, al mismo tiempo todo parecía haberlo hecho, como si aquellas palabras hubieran vibrado en el propio aire y hubieran sacudido el firmamento. Había magia en ellas, no cabía duda. Una magia que los ataría sin remedio.

La reina tomó al hombre arrodillado de los largos cabellos y lo miró a los ojos. En aquel momento, decidió que había un castigo mucho más conveniente para él que la muerte.

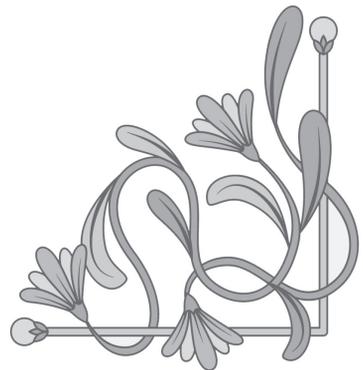
—Aprenderás a ser un siervo fiel—declaró.

Un grito estremeció a las estrellas. Fue casi animal.



PRIMERA PARTE:

UN CUENTO DE PRÍNCIPES Y PRINCESAS





DRAKE



Érase una vez una guerra cruel. Un conflicto que dejaba tras de sí ríos de sangre y familias destruidas por la necesidad de los reyes. Una confrontación entre humanos y feéricos que parecía que nunca tendría fin.

Érase una vez una reina malvada. Una bruja desalmada que soñaba, como solo sueñan los mortales, con tener el mundo entero en la palma de su mano.

Érase una vez un apuesto príncipe convertido en marioneta por la infame mujer que era su madre.

Érase una vez dos princesas: una debía casarse con el príncipe para que su reino estuviese a salvo de la amenaza que la guerra representaba. La otra... Bueno, no sé exactamente cuál es su papel en esta historia, pero el futuro nos lo desvelará.

Érase una vez un trovador que sabía contar las historias más maravillosas del mundo. Hablaba de magia y cantaba con esa voz que solamente los hechiceros saben utilizar. Las notas de su laúd tomaban forma en el aire y se convertían en caricias en el rostro y vendajes en el corazón.

Ese trovador, por supuesto, soy yo, aunque eso tú ya lo sabes. Lo conoces todo sobre mí, porque has estado conmigo desde siempre. Sabes

por qué tengo que irrumpir en este cuento y qué hemos venido a hacer aquí, aunque nuestro hogar esté muy lejos, al otro lado del mar. No camino por las calles de Lothaire por el simple placer de hacerlo, aunque me guste contemplar las flores que adornan los balcones y se han abierto al sol. Mira qué día más espléndido hace. La suave brisa, las nubes esponjosas, el mar tranquilo que arrulla a los ciudadanos. Creo que me gusta este lugar, aunque a ti no te acabe de convencer. Sí, claro que sé que no te agrada. Lo siento cada vez que te tensas cuando te sujeto entre mis brazos o en la forma en la que te aprietas contra mi espalda, como si buscaras protección. Supongo que intentas advertirme de lo funesto que sería dejarme hechizar. Que no todo es tan maravilloso como parece. Al fin y al cabo, ella es quien manda aquí.

Ella. Hoy la veremos al fin, después de tanto tiempo.

Dicen que es malvada. Que es hermosa. Que es justa con los suyos y cruel con sus enemigos. Dicen que tiene los ojos color escarlata por la sangre de la guerra. Pero a nosotros no nos valen todas esas palabras: tenemos que separar las mentiras de la verdad. Tengo que verla de primera mano para saber qué oculta.

Me abro paso entre la gente, sujetándote con fuerza para evitar que nos separen. Parece que haya venido todo el reino. Y aunque normalmente me gusta perderme entre la muchedumbre y pasar desapercibido, hoy me siento ansioso. Desde mi posición ya soy capaz de ver los estandartes extendidos con el escudo de armas de Lothaire: las fauces abiertas del lobo que representa al reino parecen ser una amenaza latente.

Ya casi hemos llegado: mira cómo el palacio se alza majestuoso delante de nosotros. Mira cómo centellean sus blancas torres de marfil que intentan rascar el cielo, finas como dedos extendidos. Ansío entrar, aunque eso nadie debe saberlo. Quiero recorrer sus pasillos, perderme en las interminables escaleras, buscar en cada sombra...

No me olvido ni un solo día de lo que hemos venido a buscar. Tú tampoco, ¿verdad?

Las conversaciones se apagan poco a poco y yo me cuelo entre los cuerpos congregados para llegar hasta el frente. En poco tiempo, a base

de sonrisas y disculpas, consigo una posición privilegiada que me permite observar la llegada de las princesas. ¿No tienes curiosidad por saber cómo son? Vienen desde Veridian y Nryan, los países de los elfos. ¿Crees que serán tan bellas como dicen que son los de su raza? ¿Que tendrán esa elegancia natural, esa aura de superioridad casi pretenciosa?

Los caballos se acercan. A sus lomos van los guardias, preparados para lanzarse sobre cualquiera que intente acercarse a sus valiosas protegidas.

La presencia de las princesas trae consigo el nacimiento de nuevos murmullos. Pero, por supuesto, la más preciada imagen será el momento en el que los futuros novios se vean por primera vez. Ese instante supuestamente mágico en el que sus miradas se cruzarán y... ¿y qué? ¿Esperan todos que ocurra como en los cuentos? ¿Que se enamoren con el primer intercambio de miradas? No son más que dos desconocidos.

La primera de las princesas es la prometida del príncipe de Lothaire. La reconozco enseguida, aunque jamás la haya visto antes, porque es tal y como dicen: parece tímida y delicada como una flor enfrentándose a lo más crudo del invierno. Se esconde en su capa como si fuera un refugio y su cuerpo se pierde entre los pliegues, deformándola hasta que toda ella, excepto su cara y sus manos, parece de trapo. Su rostro blanco se confunde con el tono de la tela que la cubre, sus cabellos pelirrojos caen en cascada sobre sus hombros.

Tras ella va una muchacha que parece totalmente opuesta. Su piel está bronceada por el sol, delatando que ha pasado más tiempo al aire libre que entre las paredes de un castillo. Lleva capa también, para protegerse del frío, pero tengo un atisbo de las cómodas calzas que viste debajo. El largo pelo castaño va atado en una cola alta que muestra su perfil con más claridad, así como sus delicadas orejas terminadas en punta. A su espalda lleva un arco y un carcaj lleno de flechas. Tiene una mirada curiosa que repasa todo a su alrededor, bebiendo de todo aquello que nunca ha visto. Nuestros ojos se encuentran y a mí me sorprende que se fije en las personas que la observan, en el pueblo a sus pies, porque dicen que los elfos viven demasiado en su mundo, sobre todo si vienen de Veridian. Aunque supongo que ella no nació en ese pedazo de tierra, ¿verdad?

Aunque vive allí, el trono al que está destinada es uno al otro lado del mar.

La princesa Eirene de Nryan.

La muchacha aparta la vista cuando la puerta del palacio se abre lentamente, con el quejido de la madera. Cojo aire, pero un rápido barrido por las figuras que se recortan bajo el dintel es suficiente para informarme de que ella no ha salido a saludar a su futura nuera. En su lugar, presidiendo el recibimiento, está su hijo: Su Alteza Real Seaben de Lothaire. Frunzo los labios al verlo, tan altivo, noble y orgulloso. Baja los escalones seguido de su caballero y se detiene a los pies del castillo. Fay de Veridian, la etérea prometida, baja del caballo con la ayuda de uno de los hombres de su séquito y se acerca, con timidez, a saludarlo.

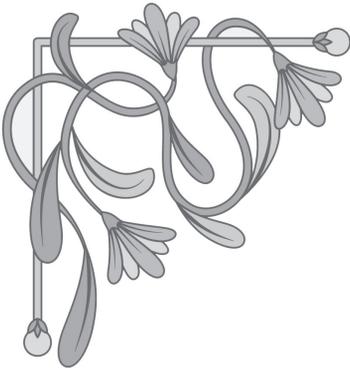
Me doy la vuelta y suspiro, abriéndome paso de nuevo para alejarme del palacio. No necesito nada más. De nuevo no he conseguido lo que me proponía y eso me frustra.

¿Qué puedo hacer? Empiezo a cansarme de esperar.

Te observo en silencio y tú pareces devolverme la mirada.

«Dejémoslo por hoy, Drake», me da la sensación de que contestas.

Sé que tienes razón. Mañana será otro día. Quizá la suerte se ponga de mi parte entonces.



FIRENE



Lo bueno de ser princesa es que la mayoría de las personas no protestan ante tus deseos. Lo malo es que tampoco eres completamente libre: de manera irremediable, la palabra «realeza» está ligada a «responsabilidad», y «responsabilidad» no suele distanciarse mucho de «encierro».

Y esa es exactamente la razón por la que mi prima y yo hemos venido a Lothaire. Porque mi prima está a punto de ser encerrada en otro palacio, gracias a un matrimonio de conveniencia que no quiere y que sus padres acordaron por ella sin una mísera pregunta por su parte. Supongo que yo tengo suerte, si comparo mi situación con la suya. Mi destino también es encerrarme a mí misma en un castillo, pero al menos no será de la mano de un completo desconocido que otros decidirán por mí y que odiaré hasta el final de mis días. Quiero pensar que esa no será tampoco la suerte de Fay. Quiero pensar que todavía hay un cuento posible para ella, que quizá ella y el príncipe de las hadas se conozcan y se entiendan e incluso se enamoren. El único problema es que Fay, por supuesto, no tiene ni la más mínima esperanza de ello, y yo puedo entender por qué.

El palacio de Lothaire es mucho más grande e impresionante de lo que me había imaginado. Había escuchado historias al respecto, claro.

Hay un montón de cuentos sobre el reino de las hadas, muchos de ellos de miedo. Había escuchado que era blanco y brillante, que parecía haber nacido en medio del bosque como si la tierra se lo hubiera regalado a los feéricos. Había escuchado que desde él se podía escuchar el aullido de los lobos por las noches, pero también el romper del mar contra la costa. Que el cielo de la noche había bajado para decorar sus tejados de oscuridad y que las altas torres estaban tan cerca del cielo para que, desde sus lechos de muerte, los reyes y reinas de las hadas siempre lograsen encontrar el camino que les llevase hacia las estrellas.

Pero la gran mayoría de esos cuentos no hablan sobre antiguos reyes, sino sobre la reina que habita entre esas paredes. Una reina de ojos y alas rojas, capaz de manipular las mentes de su pueblo y retorcer el mundo a su antojo. A veces, esos ojos rojos también han aparecido en mis sueños, por culpa de historias de terror que me torturan desde hace años. Quizá por eso accedí a acompañar a mi prima en este viaje, después de todo. Porque hemos estado juntas desde que yo tenía seis años y ella solo tres y no quería dejarla sin compañía mientras se enfrentaba sola al monstruo al que algunos niños temen antes de irse a dormir.

Y a su hijo.

Seaben de Lothaire.

Es el prometido de Fay quien nos recibe en la entrada y yo no puedo evitar observarlo mientras mi prima y él intercambian sus primeras palabras, demasiado bajo para que pueda escucharlas. De él también hay algunas historias de miedo. Historias sobre un ser insensible, capaz de hacer sufrir lo indecible a los humanos en el frente de esa guerra que su madre y el rey Davet de Anderia insisten en mantener. Dicen que él nunca muestra sus alas, pero que si lo hiciera, serían tan rojas como las de su madre, igual que lo es su mirada, porque tienen que haber quedado coloreadas por toda la sangre que ha derramado. Dicen que en la batalla sus ojos de color escarlata parecen derretirse y volverse completamente diferentes cuando buscan la muerte. Dicen que siempre lo acompaña un lobo, como si el que representa el escudo de armas de Lothaire hubiera salido de sus estandartes para cobrarse todas las víctimas en nombre del reino.

Un asesino no es lo que habría deseado para mi prima. Pero supongo que sus padres no estaban pensando en eso cuando decidieron que debían casarla para asegurar todavía más la posición de Veridian en ese conflicto entre hadas y fééricos que algunos dicen que está muy cerca de terminar al fin, tras décadas y décadas de sufrimiento. Todas esas personas, y eso incluye a mis tíos, saben perfectamente qué reino es más posible que se alcance con la victoria. Y todo el mundo quiere estar de parte del ganador en una guerra, sobre todo si el precio para ello es solo una princesa, ¿no?

—Y vos debéis de ser Eirene de Nryan.

Doy un respingo y levanto la cabeza. Seaben de Lothaire se presenta ante mí y yo me apresuro a hacer una reverencia mucho más descuidada que la de mi prima solo porque él también se inclina ante mí.

—Gracias por acompañar a mi prometida en su viaje desde Veridian, lady Eirene.

Yo abro la boca para responderle que no puedo decir que haya sido un placer, pero la mirada dorada de Fay, un poco censuradora y ansiosa, hace que me muerda la lengua y tan solo le dedique una sonrisa educada y falsa. No puedo evitar fijarme un poco más en él: su ropa negra y granate, su cabello azabache, esa espalda en la que efectivamente no se adivinan sus alas, al contrario que en el resto de su séquito, el porte tan distante y orgulloso como me lo había imaginado.

No hace falta que diga nada (por suerte) antes de que Seaben de Lothaire se gire hacia mi prima. Ella evita todo el tiempo su mirada y se comporta exactamente como le han enseñado que debe comportarse mientras acepta el brazo que le ofrece su prometido y nos adentramos en el castillo. Miro un segundo hacia atrás, por encima de mi hombro. Nuestra comitiva se queda a la zaga, incluida Sylvana, que capta mi mirada y mueve los labios para desearnos suerte.

La verdad: creo que mi prima la necesita bastante más que yo.



SEABEN

Fay de Veridian es todo lo que se supone que debe ser una princesa: es silenciosa, tranquila, educada y hermosa. Es, también, la mujer que mi madre ha elegido para mí, y supongo que esa es, al margen de todo lo demás, la verdadera razón para que me case con ella. Para que espere con ansias el día en el que nuestros reinos queden aliados gracias a nuestro matrimonio. Un matrimonio que puede ser positivo para mí, pero lo que realmente importa es que es positivo para Lothaire. Una alianza con los elfos de Veridian podría suponer el fin de la guerra. El fin de las muertes en el frente, de la sangre en las manos de mis hombres, de los fantasmas que nos persiguen cada noche.

La llegada de la princesa, pues, debería ser un motivo de celebración.

Mi madre se ha encargado de que así sea. Fay de Veridian y su prima han sido recibidas con la más cordial de las bienvenidas. Mi madre las recibió en el salón del trono con todos los honores. A lady Fay la saludó como si fuera ya una hija, con un abrazo que, sin embargo, no pareció poder calmar los nervios de la princesa. A Eirene de Nryan, por otro lado, se la quedó mirando un poco más, como si la encontrase de lo más interesante. La escuché decirle que se parecía a la difunta reina de Nryan, su madre. La elfa le dio las gracias, pero parecía tensa cuando hi-

zo su reverencia, antes de marcharse.

Después, en cuanto cayó el sol, se celebró un banquete a la salud de las princesas. La música llenó el salón durante horas, igual que lo hicieron una sucesión de bufones y poetas, de todos los entretenimientos a las que ellas deben de estar más que acostumbradas. Debería haber estado todo bien.

Pero es obvio que no lo está. La princesa de Veridian parecía ayer tan triste como si la hubieran traído a nuestro castillo como a una prisionera. Apenas probó bocado y, cuando mi madre le preguntó si se encontraba bien, ella simplemente dijo que se sentía abrumada por el recibimiento. No sé si se creía sus propias palabras. Parecía que estuviese pronunciándolas simplemente porque es lo que le han enseñado. Supongo que así será mi vida con ella: una serie de sucesos para los que nos han preparado, todos escritos de antemano. Con ella queriendo huir, como deseaba escapar ayer del salón, y teniendo que mantenerse a mi lado porque será su deber desde el momento en el que aten nuestras manos en la ceremonia de matrimonio.

Así que la princesa aguantó, en silencio, con la espalda muy recta y la vista fija en su plato. En comparación, su prima, la princesa de Nryan, parecía más dada a la conversación. En algún momento Lowell empezó a sonsacarle palabras y, antes de que me diese cuenta, parecían estar manteniendo una conversación. Supongo que al menos alguien se lo pasó bien anoche. De hecho, si conozco a mi mejor amigo al menos un poco, probablemente aprovechó la noche después de que me retirase para quedarse coqueteando con alguna de las sirvientas, o puede que aprovecharse para unirse a cualquiera de las otras mesas: a una desde la que alguna noble invitada le hubiera dedicado sonrisas durante la cena o simplemente a una donde los soldados de Veridian le hiciesen un hueco entre ellos como si fuera un compañero de armas más.

Fuera como fuera, cuando he ido a buscarlo a su dormitorio esta mañana no lo he encontrado allí. La cama estaba deshecha, pero dudo que haya salido solo de palacio, así que recorro los lugares donde creo que podría estar en un intento de encontrarlo. No creo que se haya ido a

ver a su hermana ni que la reina lo haya hecho llamar, así que me asomo a la biblioteca, aunque allí tampoco tengo éxito.

Estoy bajando las escaleras principales cuando veo a la prima de mi prometida. El vestido que llevaba anoche en la cena ha sido sustituido por unas calzas y una camisa de las que tengo un simple atisbo cuando la capa ondea alrededor de su cuerpo. Lleva el pelo recogido en una coleta alta.

—¿Lady Eirene?

La princesa se detiene en seco y se vuelve hacia mí. No parece especialmente contenta de verme, pero me dedica un gesto de respeto al agachar la cabeza.

—¿Vais a alguna parte?

Ella parece considerar mi pregunta. Creo que le disgusto y supongo que eso es algo que las dos primas comparten. No es una perspectiva demasiado esperanzadora sobre el futuro que me espera.

—Me temo que me aburro soberanamente, alteza —me confiesa—. Pensaba salir y descubrir vuestro reino. Mi prima se encuentra en sus aposentos, si la buscáis.

No, no estoy buscando a la princesa de Veridian, aunque sé que mi madre considera que deberíamos pasar tiempo juntos y soy consciente de que no puedo ignorar esa obligación. En algún momento del día de hoy, supongo, tendré que acercarme a ella e intentar hacer esto lo menos doloroso para ambos. Quiero pensar que podemos entendernos, si los dos ponemos de nuestra parte.

Y aun así, ahora siento mucha más curiosidad por su prima que por ella. Siento la tentación de preguntarle por su guardia. ¿Nadie va a acompañarla? ¿Esta muchacha está acostumbrada a ir sola por los lugares en los que nunca ha estado? Me cuesta creer que sus tíos estén de acuerdo con ello. Me cuesta creer que permitan que una princesa heredera camine sola por donde le plazca, simplemente porque se aburre. Podría pasarle algo fuera de estos muros y eso sería en parte responsabilidad nuestra, ¿verdad?

Me niego a tener que explicarle a Ibran de Nryan que perdimos a su hija al día siguiente de que pusiera un pie en nuestro castillo.

—Está lloviendo —señalo, en un intento de disuadirla.

La información no parece sorprenderla. Si acaso le hace gracia, porque veo una sonrisa divertida aparecer en su boca. Yo daba por hecho que sería al menos un poco como su prima, que ayer durante la cena hizo un comentario sobre el frío y lo poco que le gusta el invierno.

—No creo que el agua pueda hacerme más daño que el aburrimiento, mi señor —me responde, y creo que no me imagino la burla en su voz—. Pero gracias por vuestra preocupación.

No me deja decir nada más, aunque tiene que ver la manera en la que enarco las cejas. Tan rápida como el pensamiento, me hace una reverencia que no parece del todo seria antes de darme la espalda. Doy un paso adelante, abro la boca para protestar, pero la princesa de Nryan se marcha a toda prisa, como si temiera que fuera a hacer algo para detenerla o como si ella fuese algún tipo de criminal que está huyendo. A lo mejor lo está haciendo. A lo mejor nadie le ha dado permiso para marcharse a solas del castillo.

—¿Qué haces ahí parado?

Doy un respingo, sorprendido, y me giro para ver a Lowell bajando por las escaleras. Eirene ya se ha ido, para cuando vuelvo a mirar hacia el lugar en el que estaba de pie hace un minuto, y yo no sé cómo explicarle el encuentro que acabo de tener o que la prima de mi prometida parece una muchacha un poco extraña.

—Creo que tenemos una fugitiva —le respondo, frunciendo un poco el ceño.

Vuelvo la vista hacia la entrada de nuevo, pero al final sacudo la cabeza. Se ha ido bajo su propia responsabilidad. No debería preocuparme, porque por más princesa que sea, esa muchacha no es la princesa con la que voy a pasar el resto de mi vida.

Eirene de Nryan no es mi problema.



ÉRASE UNA VEZ UN PRÍNCIPE Y UNA PRINCESA
CONDENADOS A CASARSE.

ÉRASE UNA VEZ OTRA PRINCESA
ALEJADA DE SU HOGAR.

ÉRASE UNA VEZ UN TROVADOR QUE CONTABA
CUENTOS QUE SIEMPRE ERAN VERDAD.

ÉRASE UNA VEZ... LA GUERRA QUE
UNIÓ SUS DESTINOS PARA SIEMPRE.

elastic
BOOKS

www.elastic-books.com

P.V.P. 17,95 €



9 788419 478450

 @ElasticBooks

 @ElasticBooks

 @ElasticBooks